

# Consideraciones sobre la intersubjetividad en su contexto filosófico, evolutivo y clínico

*André Sassenfeld J.*

A lo largo de las últimas décadas, en el campo de la psicoterapia se ha producido un fenómeno llamativo de gran alcance y con múltiples implicancias. Trascendiendo los límites identificatorios habituales de muchos de los diversos acercamientos psicoterapéuticos, ha cristalizado un novedoso énfasis –que, para algunos, es en realidad un renovado énfasis– sobre la relevancia teórica, clínica y técnica de las relaciones humanas como dimensión central y determinante de la experiencia del individuo<sup>1</sup>.

Magnavita (2000) indica que este verdadero “movimiento relacional” surgió como resultado de la creciente convergencia de un conjunto de ideas y prácticas que se desarrollaron de manera separada pero paralela en el seno de la psicología. Incluye entre los factores relevantes que contribuyeron a la aparición del acento relacional actual el redescubrimiento reciente de la obra de Sándor Ferenczi, el crecimiento generalizado de la aceptación y aplicación de la teoría general de sistemas, la investigación empírica de los últimos años que ha puesto al descubierto la crucial importancia de la alianza terapéutica para el desenlace exitoso de los procesos psicoterapéuticos y el reconocimiento de la relevancia de los vínculos afectivos para la comprensión adecuada de la psicología femenina. Factores significativos adicionales han sido la considerable influencia que las teorías psicoanalíticas de las relaciones objetales y la psicología psicoanalítica del self han tenido en los círculos psicoterapéuticos en general y, por otro lado, el impacto de las ideas de diferentes teorías feministas en el campo de la psicoterapia (Aron, 1996; Mitchell & Aron, 1999). Podríamos agregar, además, la progresiva difusión de la teoría del apego y sus desarrollos y, en íntima conexión con ello, la inestimable significación de los cada vez más sistematizados hallazgos de la investigación empírica de infantes y la observación directa de la interacción entre los cuidadores primarios y los niños pequeños.

En el contexto esbozado, la noción relacional de intersubjetividad –particularmente en el marco general del psicoanálisis relacional (Aron, 1996; Berman, 1997; Mitchell & Aron, 1999) aunque sin restringirse a él– se ha convertido en un referente teórico y práctico fundamental para muchos psicoterapeutas de distintas orientaciones. Sin embargo, en muchos sentidos el término se ha

---

<sup>1</sup> En el presente artículo, nos remitiremos en particular a los desarrollos psicoanalíticos que son relevantes en el contexto que estamos esbozando. No obstante, esta restricción no debe entenderse como indicación de que en otras tradiciones psicoterapéuticas el llamado “vuelco relacional” no ha encontrado expresiones específicas propias.

transformado en una palabra de moda que, por lo común, pretende caracterizar determinadas teorías o aproximaciones terapéuticas como post-cartesianas y/o post-freudianas aunque sus detalles particulares sean altamente disímiles (Orange, Atwood & Stolorow, 1997). La amplia difusión del concepto, como la de cualquier otro, ha traído consigo una creciente imprecisión y confusión conceptual y ha resultado en que el grado de la variabilidad de su utilización sea grande. Tal como indican Beebe, Knoblauch, Rustin y Sorter (2003), a pesar de “la importancia del concepto de la intersubjetividad, estamos impresionados por los múltiples usos del término en el discurso actual y una llamativa falta de consenso respecto de su significado” (p. 745). Este artículo parte del supuesto de que, al margen de lo dicho, el concepto de la intersubjetividad es un concepto clínicamente útil que puede tanto transformar la concepción de la psicoterapia de quien lo emplea como clarificar un conjunto importante de fenómenos clínicos específicos.

Desde esta perspectiva, nos dedicaremos a explorar algunas de las diferencias más relevantes entre algunas de las definiciones existentes de la intersubjetividad y, asimismo, a conocer algunas de las implicancias teóricas y clínicas que se pueden derivar de ellas. En concreto, examinaremos la noción relacional de la intersubjetividad en tres contextos distintos: sus orígenes en la filosofía fenomenológica y en la filosofía buberiana, algunos de sus usos corrientes en la psicología contemporánea del desarrollo y, por último, algunos de sus múltiples significados en el marco de la psicología clínica. Prestaremos atención tanto a las diversas definiciones del término como a algunas de las implicancias que se desprenden de las definiciones particulares revisadas para la psicoterapia.

## **La intersubjetividad en su contexto filosófico**

Existe un cierto consenso respecto de que la noción de la intersubjetividad tiene sus orígenes en la filosofía fenomenológica, especialmente en las contribuciones de Husserl y Merleau-Ponty. No obstante, Benjamin (1990) y Natterson y Friedman (1995) señalan que también Hegel, un siglo antes que los fenomenólogos, había descrito ciertos procesos importantes para comprender la intersubjetividad en su *Fenomenología del espíritu* (1807):

En su discusión acerca del conflicto entre ‘la independencia y la dependencia de la auto-consciencia’, Hegel mostró de qué manera el deseo de absoluta independencia que alberga el self entra en conflicto con la necesidad de reconocimiento que experimenta el self. Al intentar establecerse como entidad independiente, sin embargo, el self tiene que reconocer al otro como sujeto igual a sí mismo con la finalidad de ser reconocido por el self, comprometiendo en el acto el carácter absoluto del self y planteando la problemática de que el otro pudiese ser igualmente absoluto e independiente. (Benjamin, 1990, pp. 189-190)

Desde este punto de vista, la intersubjetividad está vinculada, al mismo tiempo, con la posibilidad y con la necesidad del reconocimiento ontológico del otro como sujeto por derecho propio.

Husserl, después de Hegel, estuvo interesado en cuestionar los supuestos cartesianos fundamentales que, a lo largo del trayecto del pensamiento occidental moderno, habían conducido a la institucionalización de las dicotomías básicas entre sujeto y objeto, realidad interna y realidad externa, individuo y mundo, persona y otras personas. Con este objetivo, Husserl utilizó la noción de la intersubjetividad como herramienta para alejarse del imperante énfasis individualista y monádico de la filosofía y de la psicología de su época, reformulando la naturaleza de la existencia humana desde una perspectiva inherentemente relacional (Benjamin, 1990; Diamond & Marrone, 2003; Madison, 2001). Así, la idea fenomenológica de la intersubjetividad surge como alternativa a la concepción del individuo como entidad aislada y separable de sus relaciones con el mundo y los demás. En este sentido, hace referencia a la irreductibilidad del hecho existencial de la relación del ser humano con otros seres humanos y explicita que el sujeto no puede existir y, de hecho, no existe con independencia de los otros –la existencia es, así, siempre co-existencia entre (inter-) sujetos (-subjetividad), con lo cual le es concebida primacía ontológica a la dimensión interpersonal por sobre la dimensión personal e individual. Moreno (2000) aclara que, en la obra de Husserl, la intersubjetividad es un planteamiento filosófico que trasciende el punto de vista psicológico; la fenomenología husserliana considera que el otro, en términos genéricos, es una estructura intrínseca de la experiencia subjetiva. El otro se halla, por así decirlo, incrustado en los fundamentos experienciales de la subjetividad misma.

Con posterioridad, en la tradición fenomenológica hermenéutica la noción de intersubjetividad también ha sido empleada como descripción de un modo de comunicación entre sujetos. Aquí, se refiere a la experiencia dialógica que genera significados mediante un lenguaje común a los sujetos involucrados –es decir, mientras más un sujeto explica e interpreta su propia experiencia al otro, más llega a saber de sí mismo y del otro (Lazar, 2001). Por otro lado, siguiendo a Orange et al. (1997), el término ha sido usado en el ámbito epistemológico de manera similar para dar cuenta de una opinión compartida por diversos observadores respecto de que un cierto estado de cosas es un hecho, atribuyéndose en ocasiones objetividad y neutralidad a los observadores. En este caso, se dice que la facticidad alcanzada descansa sobre un acuerdo o consenso intersubjetivo. Bunge (1996) clarifica el uso epistemológico común del concepto en el área de las ciencias sociales: “una explicación es intersubjetiva dentro de una comunidad determinada si y sólo si (casi) todos los miembros de la comunidad están de acuerdo con ella (sea cual fuere su valor de verdad)” (p. 454). Afirma que, a pesar de que la intersubjetividad en este sentido es un indicador de objetividad, no es del todo confiable debido a que un grupo determinado de personas puede percibir o conceptualizar un suceso dado de la misma manera incorrecta.

Remitiéndonos a la concepción fenomenológica de la intersubjetividad, podemos entonces establecer (1) que esta supone que la separación tradicional entre lo interno y externo es un vestigio del dualismo cartesiano, estando ambas dimensiones precedidas por la primacía del campo interpersonal o relacional, y (2) que rechaza la existencia de una escisión apriorística –en el sentido de previa a la experiencia– entre mente y cuerpo e individuo y otro, entendiendo mente y cuerpo como fenómenos primariamente interpersonales (Diamond & Marrone, 2003; Madison, 2001). Tal como aseveran Diamond y Marrone (2003), asumir “que el individuo existe desde un comienzo como separado del mundo o trazar una línea divisoria tajante entre los mundos interno y externo es descansar sobre una división metafísica que se supone existente en la realidad con anterioridad a la experiencia” (p. 16). Estas ideas implican una problemática relevante, particularmente para la fenomenología ya que su fundamentación epistemológica y metodológica se basa en la experiencia directa e inmediata del individuo: ¿cómo podemos explicar el hecho experiencial de que las personas sean capaces de tener vivencias que experimentan como “internas”? Desde una perspectiva intersubjetiva, una respuesta significativa a esta interrogante es que toda diferenciación entre lo interior y lo exterior es una división *experiencial* que no debe ser confundida con una realidad *absoluta*. “Podemos tener una experiencia de un mundo interno, pero esto no debiera llevarnos a una suposición ontológica respecto de un mundo interior separado de la realidad externa” (Madison, 2001, p. 7).

La concepción fenomenológica de la intersubjetividad es, sin lugar a dudas, uno de los orígenes filosóficos principales del uso contemporáneo del concepto. Sin embargo, tal como ya hemos mencionado, también existe una segunda fuente histórica importante que, de modo más implícito puesto que no recurre abiertamente a la palabra intersubjetividad, se ha anticipado al interés intersubjetivo actual de los psicoterapeutas: la filosofía dialógica de Buber. Desde su obra temprana *Yo y tú* (1923), Buber colocó la relación y el diálogo en el centro de sus reflexiones filosóficas, enfatizando que el individuo, siempre que se experimenta como un “yo”, no se considera a sí mismo de modo separado o aislado. Más bien, de manera invariable se vivencia como un yo en relación a algo que se diferencia y opone a ese yo. Buber subrayó que el ser humano sólo deviene verdaderamente humano cuando aquello con lo que el yo se relaciona es un “tú” en el sentido de otro sujeto que es enfrentado en cuanto sujeto (Aron, 1996; Doubrawa & Staemmler, 2003; Friedman, 2002). Desde el punto de vista de la filosofía buberiana, el “crecimiento profundo del self no tiene lugar, como supone la gente de hoy, a través de nuestra relación con nosotros mismos, sino al ser hechos presentes por el otro y al saber que somos hechos presentes por él” (Buber, cit. en Friedman, 2002, p. 9). En el énfasis sobre la necesidad de un otro que actúa como co-creador y confirmador de la experiencia individual reconocemos ecos de las reflexiones filosóficas de Hegel, mencionadas con anterioridad.

Para la psicología, la reformulación relacional de la naturaleza de la experiencia humana que introducen tanto la concepción fenomenológica de la intersubjetividad como la filosofía dialógica de Buber representan un desafío paradigmático de gran envergadura y, en efecto, implican un vuelco conceptual general. Firmemente anclada en la tradición filosófica cartesiana, al margen de algunas notables excepciones, la psicología como disciplina del conocimiento ha permanecido muy cercana a la noción cardinal de un individuo separado del mundo y los demás como fundamento metateórico transversal (Wheeler, 2000). En la tradición psicoanalítica contemporánea, esta aproximación a veces ha sido calificada de “psicología unipersonal” con la intención de diferenciarla con claridad de teorías psicológicas bi-personales o multi-personales que toman en consideración y enfatizan diversos aspectos vinculares como elementos conceptuales centrales (Aron, 1996; Diamond & Marrone, 2003; Modell, 1984). Concluyendo, podríamos afirmar que el surgimiento del movimiento relacional ha traído consigo la necesidad imperiosa de articular sistemas teóricos post-cartesianos y, con ello, plenamente contextuales.

## **La intersubjetividad en el contexto de la psicología del desarrollo**

En el contexto de la psicología del desarrollo, Merleau-Ponty fue probablemente el primero en utilizar el concepto de la intersubjetividad<sup>2</sup>. Tal como señalan Diamond y Marrone (2003), Merleau-Ponty consideraba que el niño no nace encerrado en su propia subjetividad y atraviesa un complejo proceso deductivo que lo lleva a descubrir, en algún momento, que existen otras personas con subjetividades propias. Más bien, en concordancia con los supuestos cardinales de la fenomenología supuso que el niño está primordialmente abierto a los demás y orientado hacia ellos, encontrándose a sí mismo en una situación interpersonal y expuesto a las respuestas del otro. Sugirió que la intersubjetividad, en este sentido, es la experiencia primaria y que la subjetividad individual se origina en ella –el niño comienza su vida de modo intersubjetivo y gradualmente se descubre a sí mismo a través del otro (Madison, 2001). Los demás lo tratan como un otro y este hecho le permite empezar a experimentarse como sujeto. Cuando adulto, la intersubjetividad continúa siendo el fundamento de su experiencia individual y sostiene su capacidad para vincularse con el mundo y las demás personas.

Con posterioridad, la noción de la intersubjetividad vuelve a hacer aparición, en particular, a través de las investigaciones de Stern (1985) sobre el mundo interpersonal del infante. Para Stern, la intersubjetividad, más que una condición ontológica dada, representa un logro del desarrollo infantil que se

---

<sup>2</sup> Aunque Merleau-Ponty es mejor conocido por sus aportes a la filosofía fenomenológica post-husserliana, durante algunos años fue catedrático universitario de psicología del desarrollo.

comienza a producir, en circunstancias normales, entre los siete y nueve meses de edad. Entiende la intersubjetividad, por un lado, como capacidad de reconocer a otra persona como centro separado de experiencia subjetiva con el cual se pueden compartir estados subjetivos propios y, por otro lado, como forma específica de relación que se genera entre el niño y su madre (Lazar, 2001; Stern, 1985). Desde la primera perspectiva, el logro de la intersubjetividad depende, en esencia, de que el niño aprenda a reconocer (1) que las experiencias subjetivas pueden potencialmente ser compartidas con otra persona y (2) que otras personas diferentes de él mismo pueden experimentar estados mentales similares al suyo, lo que lo lleva a formar una "teoría de las mentes separadas"<sup>3</sup>. Desde la segunda perspectiva, puede afirmarse que Stern "conceptualiza la intersubjetividad como un proceso de regulación mutua, en el cual cada participante cambia con los cambios del otro" (Beebe, Rustin, Sorter & Knoblauch, 2003, p. 830). Stern subraya que estos procesos evolutivamente cruciales para el desarrollo del self requieren de la existencia de un marco compartido de significados y medios de comunicación, incluyendo el gesto, la postura y la expresión facial.

Benjamin (1990), en una línea similar, ha destacado que durante mucho tiempo la psicología del desarrollo no prestó suficiente atención a la subjetividad de la madre y se centró en comprender la relación hijo-madre como relación sujeto-objeto. En este contexto, explicitando aún más las ideas de Stern, conceptualiza la intersubjetividad como meta evolutiva que se caracteriza, a diferencia del uso del otro como objeto, por la presencia de un reconocimiento pleno de la subjetividad del otro (Berman, 1997; Lazar, 2001). En este sentido, Benjamin hace referencia a la intersubjetividad como zona de la experiencia humana que está vinculada a la continua oscilación entre la negación y la afirmación recíproca de las subjetividades del niño y de la madre, enfatizando la relevancia de la mutualidad del reconocimiento del otro como sujeto. "La teoría intersubjetiva postula que el otro debe ser reconocido como otro sujeto con tal de que el self experimente plenamente su propia subjetividad en la presencia del otro" (Benjamin, 1990, p. 186) y enfatiza, además, el hecho de que la intersubjetividad en cuanto capacidad de reconocimiento del otro como sujeto es una capacidad que se desarrolla en el tiempo en relación a la experiencia de separación y diferenciación respecto del otro. Por ejemplo, un estado afectivo de "Estamos sintiendo este sentimiento" se tiende a convertir, de manera gradual, en un estado afectivo de "Sé que tú sabes lo que siento".

A partir de las concepciones de Stern y Benjamin, el concepto de la intersubjetividad ha sido utilizado para designar (1) modalidades de relación entre madre y niño que involucran sintonía afectiva, responsividad óptima y estados afectivos compartidos; (2) el surgimiento de la posibilidad de reciprocidad en el

---

<sup>3</sup> "Desde luego, no se trata de una teoría completamente desarrollada, sino más bien de una idea guía que dice algo así como que 'lo que está sucediendo en mi mente puede ser lo bastante similar a lo que está sucediendo en la tuya como para que de algún modo podamos comunicarnos esto (sin emplear palabras) y de tal modo experimentar la intersubjetividad'" (Stern, 1985, p. 157).

diálogo temprano entre padres e hijos; (3) la aparición de la capacidad de reconocer y relacionarse con un otro no como extensión del propio self, sino como sujeto separado, en el transcurso del desarrollo infantil; (4) la capacidad del niño para atribuir estados mentales intencionales a otras personas y comprenderlos; y (5) aspectos del ámbito de la comunicación afectiva no-verbal (Diamond & Marrone, 2003; Lazar, 2001; Orange et al., 1997; Stolorow, 2004; Stolorow & Atwood, 1992). Todos estos significados del término se alejan de las ideas originales de Merleau-Ponty acerca de la intersubjetividad como condición humana dada con anterioridad a la experiencia subjetiva individual y la consideran como cualidad relacional o aspecto de las relaciones interpersonales que es adquirido (o no) en los vínculos iniciales del niño con sus cuidadores primarios. Al hacer hincapié en los procesos psicológicos e intersubjetivos de reconocimiento del otro como sujeto, los significados descritos están inscritos en la línea filosófica que parte en Hegel y desemboca en Buber.

Las ideas de Beebe, Rustin, Sorter y Knoblauch (2003) se encuentran, de algún modo, en una posición intermedia entre el eje filosófico Hegel/Buber y el eje filosófico fenomenológico, que engloba las contribuciones particulares de Husserl y Merleau-Ponty. Para Beebe y sus colegas, las contribuciones de Stern y otros investigadores de la infancia que han destacado la intersubjetividad la han entendido fundamentalmente en términos de correspondencia no-verbal y mutualidad entre madre e hijo. Con ello, se han enfatizado los procesos relacionales de regulación mutua y se ha omitido en alguna medida la relevancia de los procesos de auto-regulación, un aspecto que consideran fundamental en una teoría de la intersubjetividad<sup>4</sup>. Ellos, por su parte, prefieren una definición más neutral de la intersubjetividad como concepto de carácter interaccional que hace referencia en términos generales a aquello que ocurre entre dos subjetividades y señalan que “el rango completo de patrones de regulación interactiva [en la relación madre-hijo] proporciona la definición más amplia de los orígenes pre-simbólicos de la intersubjetividad, siendo la correspondencia sólo uno de diversos patrones importantes” (p. 806). Desde esta perspectiva, constatan que la intersubjetividad de la infancia, primariamente pre-simbólica e implícita, es distinta de la intersubjetividad explícita de la adultez<sup>5</sup>. Por ejemplo, la intersubjetividad adulta supone el reconocimiento consciente y verbalizable del otro como centro autónomo de experiencia e iniciativa, mientras que un niño sólo puede experimentar tal reconocimiento de modo pre-verbal y tiene dificultades para articularlo en palabras. En consecuencia, Beebe y sus colaboradores

---

<sup>4</sup> Los “estados internos de activación y excitación son simultáneamente regulados dentro del organismo y a través de la interacción con el otro” (Beebe, Rustin, Sorter & Knoblauch, 2003, p. 830).

<sup>5</sup> “Implícito se refiere a cosas que sabemos o hacemos automáticamente sin experiencia consciente de hacerlas o recordarlas [Explícito] se refiere a cosas que hacemos o recordamos, que pueden ser traídas a la consciencia como recuerdo simbólicamente organizado de información y eventos” (Beebe, Knoblauch, Rustin & Sorter, 2003, p. 748).

consideran relevante suponer que existen diferentes formas de intersubjetividad vinculadas con los diferentes niveles del desarrollo cognitivo.

Stolorow y sus colegas (1987, 1992, 2000, 2002, 2004) y Diamond y Marrone (2003), por su parte, representan en muchos sentidos de manera más clara la línea filosófica fenomenológica. Diamond y Marrone (2003) piensan que los significados del concepto de la intersubjetividad que hemos revisado se alejan de su sentido original como descripción de la forma fundamental en la que los seres humanos están primordialmente interconectados con los demás desde un inicio. Para ellos, la intersubjetividad existe con independencia de la cualidad o las características específicas que exhiba la relación del niño con la madre y la definen, por lo tanto, como “el hecho de la vinculación [relatedness] como tal, la descripción de la conexión entre el bebé y el otro, que existe entre las personas en general” (p. 14). Creen que el desarrollo sólo puede ser entendido de modo adecuado cuando es visualizado como enraizado en la interacción intersubjetiva de influencia recíproca entre padres e hijo que es inherente a la existencia humana. En este sentido, haciendo referencia al trabajo del investigador de la infancia Trevarthen, presumen que la intersubjetividad es algo dado que no es necesario aprender o adquirir; es factible suponer que se desarrolla de ciertas maneras, pero como condición básica de la experiencia individual está presente desde un comienzo.

Stolorow y sus colaboradores son, posiblemente, los teóricos más destacados que han hecho uso de la noción de la intersubjetividad y examinaremos sus contribuciones con más detalle en las próximas dos secciones debido a que son más pertinentes en el contexto de la psicología clínica. No obstante, es necesario introducir aquí algunas de sus ideas generales en cuanto están relacionadas con la psicología del desarrollo. Stolorow y Atwood (1992), al igual que Diamond y Marrone, aseveran que la intersubjetividad es una condición primaria de la existencia humana. Indican que emplean el término *intersubjetivo* “para nombrar todos los campos psicológicos formados por la interacción de mundos de experiencia, sea cual sea el nivel [evolutivo] en el que estos mundos están organizados” (p. 30, cursiva del original), y subrayan el inextricable y continuo entrelazamiento de al menos dos subjetividades como telón de fondo constitutivo de la experiencia individual en todas sus variedades. Para ellos, en consecuencia, los procesos psicológicos que conforman el desarrollo de la personalidad siempre transcurren insertos en una matriz relacional intersubjetiva específica que los posibilita y contiene y cuyas características únicas les confiere los atributos particulares que asumen en un contexto dado.

Desde este punto de vista, la intersubjetividad no hace referencia a un determinado paso o logro del desarrollo; sin embargo, la aplicación del concepto puede resultar útil en el área de la psicología evolutiva (Stolorow & Atwood, 1992; Stolorow et al., 1987; Orange et al., 1997). Stolorow et al. (1987) mostraron hace casi dos décadas que “los conflictos internos siempre se constituyen en el marco de descarrilamientos específicos de la intersubjetividad en el transcurso del desarrollo” (p. 120). Asimismo, Brandchaft (2002) recientemente ha especificado



que la perspectiva intersubjetiva supone que el desarrollo del sentido del self, incluyendo la cristalización de patrones duraderos de personalidad y psicopatología, se desarrolla al interior de y es mantenido por el campo psicológico continuamente cambiante formado por la intersección entre el mundo subjetivo en vías de estructuración propio del niño y los mundos subjetivos de sus cuidadores. De esta forma, el desarrollo se entiende de la mejor manera posible en función de los contextos intersubjetivos particulares que dan forma a los procesos ligados al desarrollo del self.

Las reflexiones previas ya nos sugieren algunos aspectos de la aplicación y utilidad clínica de las concepciones de la intersubjetividad que han sido formuladas en el marco de la psicología del desarrollo –contribuyen, entre otras cosas, a una comprensión genética relacional de la psicopatología y de la personalidad. Podríamos agregar además que, en la vida actual de los pacientes, habitualmente pueden detectarse contextos intersubjetivos similares a los infantiles que sostienen y dan continuidad a interacciones y experiencias insatisfactorias que tienen sus raíces en la infancia. En términos de los procesos psicoterapéuticos, Stern (1985) piensa que la interafectividad, una noción que hace referencia al hecho de que niño y madre comparten estados específicamente afectivos, es de especial importancia. La interafectividad incluye la posibilidad de que la madre esté entonada [attuned] o desentonada respecto de los afectos de su hijo –esto es, que comparta efectivamente el estado afectivo particular que el niño experimenta en un momento dado o no. Stern relaciona estos procesos, que hemos descrito como cruciales para el desarrollo del self, con las posibilidades de que, en la psicoterapia de adultos, el terapeuta logre empatizar (entonar) o se produzca un fracaso empático (desentonamiento) respecto de las experiencias afectivas del paciente. Reconoce que esta analogía no debe ser entendida en un sentido demasiado estrecho porque el fenómeno de la empatía entre adultos parece ser aún más complejo que la intersubjetividad infantil, pero de todos modos proporciona una metáfora interesante desde el punto de vista clínico.

Más recientemente, Stern y sus colaboradores (1998) han comenzado a explorar las implicancias de los procesos relacionales implícitos, en el sentido clarificado por Beebe y sus colegas, para la psicoterapia de adultos aunque no se refieren de modo específico a la intersubjetividad. Benjamin (1990), por su parte, ha aseverado que la intersubjetividad no sólo es una meta y un logro del desarrollo, sino también una meta y un logro que se puede poner de manifiesto en el transcurso de un proceso terapéutico exitoso. Puesto que la intersubjetividad en el sentido de la capacidad de reconocimiento del otro como sujeto es aquel factor evolutivo central que posibilita la aparición y el despliegue de la subjetividad humana como tal, su surgimiento en el contexto psicoterapéutico como alternativa al uso del otro como objeto puede eventualmente ser un reflejo de que ciertos procesos evolutivos que no fueron completados en su debido momento por el paciente han podido ser reactivados y puestos en marcha. En total, hasta la fecha las implicancias de las concepciones de la intersubjetividad articuladas desde la

perspectiva de la psicología contemporánea del desarrollo para el tratamiento psicoterapéutico de pacientes adultos aún no han sido aclaradas en profundidad.

## **La intersubjetividad en el contexto de la psicoterapia (I): Algunas consideraciones teóricas**

Entre las tentativas conceptuales post-cartesianas existentes, la teoría psicoanalítica de la intersubjetividad formulada por Stolorow y sus colaboradores ha tenido un gran impacto, también fuera de los círculos del psicoanálisis relacional<sup>6</sup> (Finlay, 1999; Jacobs, 1992, 1998; Wheeler, 2000). Puesto que es, posiblemente, la propuesta conceptual intersubjetiva más sistemática y elaborada que se haya planteado hasta la fecha, utilizaremos algunas de sus ideas principales con la finalidad de mostrar ciertas implicancias nucleares de una aproximación que se basa en la noción de la intersubjetividad. Stolorow, Brandchaft y Atwood (1987) redefinieron hace ya casi dos décadas al psicoanálisis como ciencia de la intersubjetividad, lo que significa que estudia la interacción recíproca de los mundos subjetivos diferentemente organizados de observador y observado. Asumen en términos epistemológicos que la posición del observador siempre se encuentra dentro del campo intersubjetivo conformado, desde una perspectiva clínica, por el psicoterapeuta y el o los pacientes. Para Lazar (2001), este acercamiento intersubjetivo representa una teoría de campo o de sistemas en cuanto busca comprender los fenómenos psicológicos no como productos de mecanismos intrapsíquicos localizados dentro del individuo, sino como fenómenos que se forman en la interfaz de subjetividades recíprocamente interactuantes.

En este sentido, Stolorow y Atwood (1992) y Stolorow, Atwood y Orange (2002) han puesto al descubierto lo que denominan el “mito de la mente aislada” y han enfatizado la importancia teórica y clínica de ponerlo en entredicho y de reconocer la intersubjetividad como condición humana primaria y previa a la experiencia de individualidad:

En contraste con el punto de vista de que el hombre moderno sufre de una ausencia de mitos [...], desafiamos un mito central que impregna la cultura occidental contemporánea [...] El mito de la mente aislada atribuye al hombre un modo de ser en el cual el individuo existe separadamente del mundo de la naturaleza física y también de la vinculación con los otros. [...] Considerada como símbolo de la experiencia cultural, la imagen de la mente aislada representa la alienación del hombre moderno con respecto a la naturaleza, la vida social y la subjetividad misma. (Stolorow & Atwood, 1992, pp. 35-36)

---

<sup>6</sup> De modo interesante, Stolorow y sus colegas han estado fuertemente influenciados por la fenomenología. El subtítulo de uno de sus primeros libros anunciaba *Exploraciones en fenomenología psicoanalítica* y también en otras contribuciones han explicitado su deuda con la filosofía fenomenológica (Orange et al., 1997; Stolorow, 2002).

Stolorow y sus colegas advierten que la superación del mito de la mente aislada no es una empresa exenta de dificultades, debido a que este mito colectivo de la civilización occidental cumple determinadas funciones psicodinámicas defensivas –entre ellas, proteger al individuo de la posible vivencia de profunda vulnerabilidad que acompaña la realización de su inevitable dependencia respecto de los demás.

Para Stolorow y Atwood (1992), la teoría psicoanalítica de la intersubjetividad, como intento de trascender el mito de la mente aislada, constituye un posicionamiento epistemológico y metodológico muy amplio que hace necesaria la revisión radical de todos los aspectos del pensamiento psicoanalítico positivista tradicional. Desde el punto de vista de la psicoterapia experiencial, Madison (2001) concuerda con la necesidad de llevar a cabo numerosas redefiniciones conceptuales ya que, tal como señala, muchos teóricos interesados en la intersubjetividad continúan empleando nociones como “psique”, “sujeto” y “evento mental” habiendo modificado sustancialmente sus significados sin explicitar estos cambios. Así, la teoría psicoanalítica de la intersubjetividad ha ido reconceptualizando la gran mayoría de las concepciones clásicas del psicoanálisis.

Entre los conceptos metateóricos que tienen gran incidencia en la práctica clínica y cuyos supuestos subyacentes han sido examinados y reformulados desde la perspectiva intersubjetiva se encuentra, en especial, la concepción de la motivación. Desde la primacía motivacional de las pulsiones, el punto de vista relacional ha sufrido una transición teórica radical hacia la primacía motivacional del afecto, que es entendido como nexo primario entre lo interno y lo externo y así entre sujeto y otro (Stolorow, 2002; Stolorow et al., 2002). A diferencia de las pulsiones, que se originan en las profundidades de la mente cartesiana aislada, los afectos son regulados desde un inicio en sistemas relacionales. Tal como asevera Stolorow (2002), colocar el afecto en el centro de la vida psicológica automáticamente conduce a una contextualización intersubjetiva de la experiencia individual.

Por otro lado, Madison (2001) advierte que las teorías que enfatizan los aspectos intersubjetivos tienden a exagerar la relevancia metateórica de la dimensión relacional y a minimizar la dimensión personal. Sin embargo, la teoría de Stolorow (2004) y sus colaboradores en particular subraya que la idea central de la intersubjetividad no hace referencia ni a un modo especial de experiencia ni al hecho de poder compartir la experiencia, sino a la precondition fundamental para *poder* tener experiencias individuales. En este sentido, articula una

psicología contextual que reconoce el rol constitutivo de lo relacional [relatedness] en la generación de toda experiencia. Supone que los mundos experienciales y los campos intersubjetivos se constituyen mutuamente unos a los otros. A diferencia de las mentes cartesianas aisladas, los mundos experienciales, tal como adquieren forma y evolucionan dentro de un nexo de sistemas relacionales vivos, son vistos como exquisitamente sensibles a los contextos y dependientes de estos. La

bifurcación cartesiana se remedia y lo interno y lo externo pasan a entretorse sin ribetes. (Stolorow, 2000, p. 150)

Natterson y Friedman (1995), por su parte, piensan que la noción de la intersubjetividad tiene ciertas ventajas respecto de las nociones de lo intrapsíquico y de lo interpersonal: lo intrapsíquico tiende a dejar fuera la interpenetración continua de las experiencias de individuos que siempre están en relación y lo interpersonal tiende a traer consigo una cierta negligencia de lo interno, histórico e inconsciente que caracterizan la experiencia individual.

## **La intersubjetividad en el contexto de la psicoterapia (II): Algunas consideraciones clínicas**

Al igual que en los contextos filosófico y evolutivo, en el contexto clínico la noción de la intersubjetividad es objeto de numerosos usos y refiere a significados divergentes. En términos generales, es empleada para explicitar la nueva comprensión relacional de un conjunto de fenómenos y/o procesos que se producen en el marco de la situación clínica y la relación psicoterapéutica y para los cuales los conceptos tradicionales de transferencia y contratransferencia –incrustados en el mito cartesiano de la mente aislada– parecen haber dejado de ser principios explicativos suficientes o adecuados (Aron, 1991, 1996; Natterson & Friedman, 1995). En particular, Aron (1991, 1996) ha destacado que reemplazar los conceptos de transferencia y contratransferencia con el concepto de la intersubjetividad tiene la ventaja de que este último término no tiene una connotación psicopatológica y, a diferencia de los primeros términos, implica una influencia bidireccional y continua entre el psicoterapeuta y el paciente. Siguiendo a Aron, la noción de contratransferencia en especial minimiza y oscurece el reconocimiento del impacto de la subjetividad del psicoterapeuta sobre la subjetividad del paciente porque es reflejo de la idea de que la experiencia del terapeuta es reactiva más que subjetiva y activa.

Benjamin (1990) considera que el término intersubjetividad ha sido introducido para definir la situación clínica como campo de intersección entre subjetividades en el sentido del interjuego entre diferentes mundos de experiencia. Natterson y Friedman (1995), por su parte, señalan que la psicoterapia es básicamente una experiencia de intersubjetividad clínica y enfatizan que esto implica que dos o más individuos co-crean y co-construyen el vínculo terapéutico. Agregan que todos los psicoterapeutas interesados en la intersubjetividad están de acuerdo respecto de que existe en la situación psicoterapéutica una influencia mutua, recíproca e interaccional de cada uno de los participantes sobre el otro y sobre la relación establecida entre ambos. Con ello, subrayan la relevancia de la subjetividad del psicoterapeuta, que afecta de modo continuo el proceso terapéutico. Dunn (1995), por otro lado, piensa que el concepto de la

intersubjetividad hace referencia al interjuego dinámico entre las experiencias subjetivas de terapeuta y paciente en la situación clínica, un fenómeno cuya importancia para el trabajo terapéutico es asumida por las diversas escuelas del psicoanálisis. Afirma que la intersubjetividad significa que la formación y el desarrollo del proceso psicoterapéutico deriva de una mezcla inextricablemente entrecruzada de las reacciones subjetivas de terapeuta y paciente. Según Reeder (1998), la intersubjetividad es aquella “dimensión [clínica] en la cual *no* tenemos conocimiento uno del otro, pero sin embargo actuamos sobre el otro y nos influenciamos el uno al otro” (p. 66, cursiva del original), y agrega que un modelo intersubjetivo supone que la experiencia terapéutica descansa siempre sobre un encuentro humano.

Stolorow, Atwood y Ross (1978) fueron quienes introdujeron originalmente el concepto de la intersubjetividad en el psicoanálisis clínico norteamericano y, a partir de entonces, en los círculos psicoterapéuticos más amplios (Aron, 1996; Benjamin, 1990; Lazar, 2001). En ese primer momento, Stolorow y sus colaboradores conceptualizaron la interacción específica entre transferencia y contratransferencia como proceso intersubjetivo que refleja la interacción entre los mundos subjetivos diferentemente organizados de terapeuta y paciente, tomando en consideración el impacto de las no reconocidas correspondencias y disparidades entre los respectivos mundos vivenciales de ambos sobre el proceso terapéutico. En la actualidad, consideran en términos más generales que la intersubjetividad hace referencia a todo sistema que es constituido por el entrecruzamiento e interjuego de dos o más mundos subjetivos (Orange et al., 1997; Stolorow et al., 2002). Así, están interesados en entender la situación clínica como campo intersubjetivo, centrando su atención en las subjetividades de terapeuta y paciente dentro del sistema que generan y a partir del cual surgen. Buscan describir la emergencia y modificación psicoterapéutica de la subjetividad en contextos intersubjetivos y definen estos procesos como primariamente relacionales. Desde esta perspectiva, Stolorow (2000) redefine la psicoterapia de la siguiente manera:

la terapia psicoanalítica deja de ser una excavación arqueológica de capas cada vez más profundas de una mente inconsciente aislada. En cambio, es una exploración dialógica del mundo experiencial de un paciente, conducida con consciencia de la contribución inevitable del mundo experiencial del terapeuta a la exploración en curso. Una indagación de tales características busca la comprensión de los principios que organizan pre-reflexivamente el mundo del paciente y que mantienen confinada la experiencia del paciente a sus horizontes limitantes. Al esclarecer tales principios en un contexto dialógico, la terapia psicoanalítica apunta a expandir los horizontes experienciales del paciente, abriendo con ello la posibilidad de una vida emocional enriquecida, más compleja y más flexible.  
(p. 150)

Para Diamond y Marrone (2003), la noción de la intersubjetividad alude al hecho de que terapeuta y paciente dan mutuamente forma a la experiencia consciente e inconsciente del otro, con lo cual la idea del psicoterapeuta como

observador neutral y desapegado es reemplazada por la concepción de que este siempre está involucrado en un interjuego consciente e inconsciente de comunicaciones afectivas y simbólicas. Indican que otros teóricos y clínicos entienden la intersubjetividad como descripción del intercambio entre las subjetividades de psicoterapeuta y paciente que permite clarificar la dinámica del encuentro terapéutico desde una perspectiva dialéctica. En concordancia con la definición de la intersubjetividad que Diamond y Marrone utilizan (véase más arriba), esto conduce a confusiones porque la intersubjetividad “no puede circunscribirse a un encuentro dialéctico entre dos personas, en el setting analítico o en otra parte. Es inherente a todas las interacciones entre personas, englobando grupos, instituciones y, de hecho, las formas culturales de la vida” (p. 14). Para ellos, advertir la intersubjetividad nos permite sentirnos en relación con un otro o en relación para un otro, lo cual al psicoterapeuta le posibilita centrarse en proporcionar y construir con el paciente una forma de relación e interacción que sea terapéutica.

¿Cuáles son, entonces, algunas de las implicancias clínicas del concepto de la intersubjetividad? En primer lugar, la noción de la intersubjetividad transforma profundamente la comprensión habitual de los fenómenos psicológicos que se generan en el transcurso de un proceso psicoterapéutico. De acuerdo a Stolorow (2000) y Brandchaft (2002), desde el punto de vista intersubjetivo los fenómenos clínicos dejan de ser entendidos como productos de mecanismos intrapsíquicos que se originan en el interior de la mente aislada del paciente sin la implicación del terapeuta (una aproximación llamada determinismo intrapsíquico) y pasan a concebirse como fenómenos que se forman en la interfaz de los mundos experienciales interactuantes de paciente y psicoterapeuta. En este sentido, invariablemente son propiedades emergentes de un sistema intersubjetivo y no pueden ser entendidos de modo apropiado sin referencia primaria al papel que le corresponde al psicoterapeuta en términos de su aparición –con independencia de lo dificultoso que pueda en ocasiones resultar detectar su contribución.

Terapeuta y paciente no traen a la situación terapéutica mundos experienciales separados y privados con el único resultado de que ambos llegan a comprender la realidad interna del paciente; más bien, “terapeuta y paciente están continuamente definiéndose a sí mismos y definiendo al otro” (Natterson & Friedman, 1995, p. 5) y, en el transcurso de este proceso intersubjetivo, ambos cambian dado que ambos llegan a entender con mayor detalle tanto sus propios mundos internos personales como las características particulares de la interacción que se genera entre esos mundos experienciales. Esta comprensión relacional de la psicoterapia trae consigo una radical contextualización intersubjetiva de fenómenos clínicos típicos como la alianza terapéutica, la resistencia, el impasse o el cambio de la personalidad (Stolorow, 2002; Stolorow & Atwood, 1992; Stolorow et al., 1987). Dicho de otro modo, siguiendo a Natterson y Friedman (1995), un entendimiento adecuado de los diferentes fenómenos que surgen en el contexto clínico requieren una continua apreciación de la importancia del interjuego de las

vidas subjetivas de ambos participantes en términos de su generación o construcción. Desde el punto de vista intersubjetivo, a todas las experiencias específicas de psicoterapeuta y paciente en la relación terapéutica subyace un proceso de co-creación y co-construcción enraizado en la interacción consciente e inconsciente de sus respectivos mundos experienciales.

## **Palabras finales**

En el marco del vuelco relacional en el campo contemporáneo de la psicoterapia, el concepto de la intersubjetividad se ha convertido en una noción teórica fundamental para muchos psicoterapeutas de diversas orientaciones. Hemos visto que, desde el punto de vista filosófico, existen dos líneas temáticas generales que definen la intersubjetividad: la línea ligada a las reflexiones filosóficas de Hegel y Buber la liga a la posibilidad del reconocimiento de un otro como sujeto por derecho propio y la línea fenomenológica la conceptualiza como aquella condición ontológica del ser humano que lo convierte en un individuo de naturaleza inherentemente relacional. Desde el punto de vista de la psicología del desarrollo, estas dos líneas temáticas encuentran su expresión en la concepción de la intersubjetividad como logro evolutivo de la capacidad de reconocer a un otro como sujeto y en la idea de que el self emerge en un contexto intersubjetivo que es previo a la individualidad, respectivamente. Por último, desde el punto de vista clínico, la intersubjetividad se refiere en términos amplios al interjuego continuo entre los mundos experienciales del psicoterapeuta y del paciente. En este sentido, al menos en relación a las definiciones clínicas de la intersubjetividad que hemos revisado, nos encontramos con un predominio de la segunda línea temática primaria que hemos descrito.

La amplia variabilidad de significados que la noción de la intersubjetividad implica en sus dimensiones filosófica, evolutiva y clínica trae consigo la necesidad de contar con claridad respecto del significado particular que justifica su utilización en un determinado contexto. Los diferentes usos del concepto en el área de la psicoterapia, que se desprenden de sus diversas definiciones, tienen implicancias distintas para la comprensión de la interacción entre terapeuta y paciente y del proceso psicoterapéutico. Suponen, más allá, objetivos clínicos divergentes y posibilidades dispares de intervención. En consecuencia, el psicoterapeuta que desea integrar el concepto de la intersubjetividad de manera informada y fundamentada en su repertorio teórico con la finalidad de ampliar o profundizar su entendimiento de los procesos característicos que conforman la psicoterapia requiere un conocimiento al menos general de las distinciones básicas que hemos establecido en el transcurso de este artículo.

## **Referencias**

- Aron, L. (1991). The patient's experience of the analyst's subjectivity. *Psychoanalytic Dialogues*, 1 (1), 29-51. También en S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. 243-268). New Jersey: The Analytic Press. La segunda es la versión utilizada en este artículo.
- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. New Jersey: The Analytic Press.
- Beebe, B., Knoblauch, S., Rustin, J. & Sorter, D. (2003). Introduction: A systems view. *Psychoanalytic Dialogues*, 13 (6), 743-775.
- Beebe, B., Rustin, J., Sorter, D. & Knoblauch, S. (2003). An expanded view of intersubjectivity in infancy and its application to psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*, 13 (6), 805-841.
- Benjamin, J. (1990). Recognition and destruction: An outline of intersubjectivity. *Psychoanalytic Psychology*, 7, 33-47. También en S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. 181-210). New Jersey: The Analytic Press. La segunda es la versión utilizada en este artículo.
- Berman, E. (1997). Relational psychoanalysis: A historical background. *American Journal of Psychotherapy*, 51 (2), 185-203.
- Brandchaft, B. (1983). El negativismo de la reacción terapéutica negativa y la psicología del self. En G. Lancelle (Ed.), *El self en la teoría y en la práctica* (pp. 75-113). Buenos Aires: Paidós.
- Brandchaft, B. (2002). Reflections on the intersubjective foundations of the sense of self: Commentary on paper by Steven Stern. *Psychoanalytic Dialogues*, 12 (5), 727-745.
- Buber, M. (1923). *Yo y tú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bunge, M. (1996). *Buscar la filosofía en las ciencias sociales*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Diamond, N. & Marrone, M. (2003). *Attachment and Intersubjectivity*. London: Whurr Publishers.



- Doubrawa, E. & Staemmler, F.-M. (Eds.) (2003). *Heilende Beziehung: Dialogische Gestalttherapie*. Wuppertal: Peter Hammer Verlag.
- Dunn, J. (1995). La intersubjetividad en psicoanálisis: Una revisión crítica. *International Journal of Psychoanalysis*, 76 (4), 723-738. También en L. Glocer (Ed.), *El otro en la trama intersubjetiva* (pp. 183-211). Buenos Aires: Lugar Editorial. La segunda es la versión utilizada en este artículo.
- Finlay, D. (1999). A relational approach to bioenergetics. *Bioenergetic Analysis*, 10 (2), 35-52.
- Friedman, M. (2002). Martin Buber and dialogical psychotherapy. *Journal of Humanistic Psychology*, 42 (4), 7-36.
- Jacobs, L. (1992). Insights from psychoanalytic self-psychology and intersubjectivity theory for Gestalt therapists. *Gestalt Journal*, 15 (2), 25-60.
- Jacobs, L. (1998). Optimal responsiveness and subject-subject relating. En H. Bacal (Ed.), *Optimal Responsiveness: How Therapists Heal Their Patients* (pp. 191-212). New Jersey: Jason Aronson.
- Lazar, R. (2001). Subject in first person—Subject in third person: Subject, subjectivity, and intersubjectivity. *American Journal of Psychoanalysis*, 61 (3), 271-291.
- Madison, G. (2001). Focusing, intersubjectivity, and “therapeutic intersubjectivity”. *Review of Existential Psychology and Psychiatry*, 26 (1), 3-16.
- Magnavita, J. (2000). Introduction: The growth of relational therapy. *Journal of Clinical Psychology*, 56 (8), 999-1004.
- Mitchell, S. & Aron, L. (1999). Preface. En S. Mitchell & L. Aron (Eds.), *Relational Psychoanalysis: The Emergence of a Tradition* (pp. ix-xx). New Jersey: The Analytic Press.
- Modell, A. (1984). *El psicoanálisis en un contexto Nuevo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Moreno, C. (2000). *Fenomenología y filosofía existencial Volumen I: Enclaves fundamentales*. Madrid: Síntesis.

- Natterson, J. & Friedman, R. (1995). *A Primer of Clinical Intersubjectivity*. New Jersey: Jason Aronson.
- Orange, D., Atwood, G & Stolorow, R. (1997). *Intersubjektivität in der Psychoanalyse: Kontextualismus in der psychoanalytischen Praxis*. Frankfurt am Main: Brandes & Apsel.
- Reeder, J. (1998). Hermeneutics and intersubjectivity: The interpreting dialogue. *International Forum of Psychoanalysis*, 7, 65-75.
- Stern, D. (1985). *El mundo interpersonal del infante: Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., Bruschiweiler-Stern, N. & Tronick, E. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The “something more” than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.
- Stolorow, R. (2000). From isolated minds to experiential worlds: An intersubjective space odyssey. *American Journal of Psychotherapy*, 54 (2), 149-151.
- Stolorow, R. (2002). From drive to affectivity: Contextualizing psychological life. *Psychoanalytic Inquiry*, 22 (5), 678-685.
- Stolorow, R. (2004). Autobiographical reflections on the intersubjective history of an intersubjective perspective in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry*, 24 (4), 542-557.
- Stolorow, R. & Atwood, G. (1992). *Los contextos del ser: Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Barcelona: Herder.
- Stolorow, R., Atwood, G. & Orange, D. (2002). *Worlds of Experience: Interweaving Philosophical and Clinical Dimensions in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Stolorow, R., Atwood, G. & Ross, J. (1978). The representational world in psychoanalytic therapy. *International Review of Psychoanalysis*, 5, 247-256.
- Stolorow, R., Brandchaft, B. & Atwood, G. (1987). *Psychoanalytische Behandlung: Ein intersubjektiver Ansatz*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch Verlag.

Wheeler, G. (2000). *Vergüenza y soledad: El legado del individualismo*. Santiago de Chile: Editorial Cuatro Vientos.